

PARANOIA

TEZONTLE

LUIGI ZOJA

PARANOIA

La locura que hace la historia



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en italiano, 2011

Primera edición en español, 2013

Zoja, Luigi

Paranoia : la locura que hace la historia . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2013. 567 p. ; 23x15 cm.

Traducido por: María Julia De Ruschi

ISBN 978-950-557-991-4

1. Historia contemporánea. 2. Psiquiatría. 3. Psicología. I. De Ruschi, María Julia, trad. II. Título
CDD 616.897

Diseño de tapa: Juan Pablo Fernández

Título original: *Paranoia. La follia che fa la storia*

ISBN de la edición original: 978-88-339-2244-7

© 2011, Bollati Boringhieri, Turín

D.R. © 2013, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-991-4

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA – *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

<i>La locura de Áyax</i>	13
I. <i>¿Qué es la paranoia?</i>	25
II. <i>Los inicios. Mito e historia</i>	77
III. <i>El nacionalismo europeo. Del renacimiento cultural a la paranoia</i>	99
IV. <i>El perseguidor ingenuo</i>	125
V. <i>La oscuridad se cierne sobre Europa</i>	155
VI. <i>Freud, Keynes y el viejo engatusado</i>	203
VII. <i>Sigfrido</i>	221
VIII. <i>El fundamento granítico y la hora de los idiotas</i>	237
IX. <i>El hombre de acero y el producto final</i>	297
X. <i>El fuego que se alimenta del fuego</i>	365
XI. <i>Cada vez más hacia el oeste</i>	385
XII. <i>¿Un proyecto para el siglo XXI?</i>	425
XIII. <i>Reflexiones no conclusivas</i>	443
<i>El susurro de Yago</i>	505
<i>Bibliografía</i>	515
<i>Índice de nombres</i>	551
<i>Índice analítico</i>	561

*A Elisabeth, que cuando en la escuela le escribieron mexican
en la espalda, se alzó de hombros.*

*Y a Louis Dermigny, historiador francés que en 1945
les enseñaba a sus hijos el idioma alemán.*

Este libro no sería lo que es sin la lectura, las opiniones y las correcciones de muchas personas. Querría agradecer al menos a las principales: Carole Beebe Tarantelli, Eugenio Borgna, Ferruccio y Anna Cabibbe, Marina Conti, Marco Deriu, Nicole Janigro, Franco Livorsi, Martin Mumelter, Roberto Scarpa, Massimo Tafi.

Agradezco además a Caterina Grimaldi por la ayuda prestada para el armado de la bibliografía y a Mariuccia Tresoldi por el mecanografiado.

Eva Pattis me brindó, además de muchísimas opiniones acerca de lo escrito, el espacio para escribir.

I. *¿Qué es la paranoia?*

LA PARANOIA INDIVIDUAL (CLÍNICA)

Para restablecer el equilibrio no solo del individuo sino también de la sociedad es importante la atenta consideración de los factores psíquicos; de lo contrario, las tendencias destructivas toman con facilidad la delantera.

CARL GUSTAV JUNG, "Theoretische Überlegungen zum Wesen des Psychischen", 1954

No es seguro que el enemigo exista realmente. [...] Lo indispensable para la guerra, la causa de la guerra, no es el enemigo sino la imaginación.

JAMES HILLMAN, *A Terrible Love of War*, 2004

Paranoia es una antigua palabra griega. *Noos* es pensamiento; *pará*, ir más allá. En teoría se refería solo a una mente que sobrepasa sus límites habituales.¹ De hecho, ya para los antiguos griegos el concepto indicaba un pensamiento delirante, pero no tenía la importancia que tiene hoy en día. Fue la psiquiatría alemana del siglo XIX la que lo introdujo en el discurso moderno.

¹ Esta diferencia fue retomada de una manera original por Hampsey, quien distingue *paranoidic* –un estado de miedo y de delirio– de *paranoic* –una condición más general de la mente, creativa, expansiva, capaz de visiones y de moverse libremente más allá de lo habitual–. Véase John C. Hampsey, *Paranoia and Contentment. A Personal Essay on Western Thought*, Charlottesville y Londres, University of Virginia Press, 2004.

En política muchos usan la palabra “paranoia” para criticar a un adversario, aunque pocos sabrían explicar qué significa. Solo rara vez se utiliza el concepto con un sentido autocrítico. A veces sucedía en las asambleas de 1968. Cuando la confusión se volvía excesiva, se escuchaba gritar: “¡Camaradas, no nos pongamos paranoicos!”. La exhortación no traía necesariamente el orden, pero como autocrítica homeopática extendía un velo de consenso. No obstante, nadie gritaba a su vez: “Camarada, ¿qué quiere decir paranoia?”.

Las definiciones

La psicopatología clasifica este trastorno de una manera bastante uniforme. Veamos las fórmulas más conocidas.

Según *The American Heritage Stedman's Medical Dictionary*, la paranoia es:

1. un trastorno psicótico caracterizado por delirios sistemáticos, sobre todo de persecución o de grandeza, en ausencia de otros trastornos de la personalidad;
2. una forma de desconfianza hacia los demás extrema e irracional.²

Otro importante texto estadounidense subraya que “en la paranoia el sistema delirante es lógico y está bien organizado”.³

El manual de Bleuler nos recuerda que

al margen del sistema delirante y de todo lo que está relacionado con él, la lógica del paranoico y el curso de sus ideas se conservan íntegros a partir de nuestros métodos de investigación. [...] El diagnóstico de la paranoia no siempre es fácil. Los enfermos saben cuáles de sus ideas son consideradas

² *The American Heritage Stedman's Medical Dictionary*, Boston, Houghton Mifflin, 2002, véase *Paranoia*.

³ Max Day y Elvin V. Semrad, “Schizophrenic Reactions. Paranoia and Paranoid States”, en Armand M. Nicholi (ed.), *The Harvard Guide to Modern Psychiatry*, Cambridge (MA), The Belknap Press of Harvard University Press, 1978, cap. 8, p. 245.

patológicas y son capaces de ocultarlas o de atenuarlas, de modo tal de encontrar a alguien dispuesto a jurar por su salud mental.⁴

Según un tratado también clásico, el de Jaspers,

la completa diferenciación, la crítica severa, la excelente capacidad de pensar no le impiden [al paranoico] estar convencido del contenido de sus ideas delirantes. [...] No le falta la diferenciación necesaria para distinguir las diversas fuentes de nuestro saber, pero invoca su propia fuente, sea esta natural o sobrenatural.⁵

La psiquiatría francesa utiliza palabras semejantes:

Este tipo de personalidad delirante se caracteriza por la claridad y el orden de su vida psíquica [...] y por la estructura sistemática y “razonante” de la fantasía delirante.⁶

Otro texto nos advierte que la paranoia es la “cenicienta de la psiquiatría”, y agrega:

Teniendo en cuenta que el sujeto paranoico se ve inducido por el solo deseo de confirmar sus sospechas, sus capacidades intelectivas, por lo general normales o superiores a la media, no pueden tomarse como garantía de correctos juicios de realidad.⁷

⁴ Eugen Bleuler, *Lehrbuch der Psychiatrie*, Berlín, Gotinga y Heidelberg, Springer, 1955; trad. it.: *Trattato di psichiatria*, Milán, Feltrinelli, 1967 [trad. esp.: *Tratado de psiquiatría*, Madrid, Espasa Calpe, 1924].

⁵ Karl Jaspers, *Allgemeine Psychopathologie* [1913], Berlín, Springer, 1959; trad. it.: *Psicopatologia generale*, ed. de Romolo Priori, Roma, Il Pensiero Scientifico, 1964 [trad. esp.: *Psicopatología general*, Bilbao, Beta, 1980].

⁶ Henry Ey, Paul Bernard y Charles Brisset, *Manuel de psychiatrie* [1960], París, Masson, 1989; trad. it.: *Manuale di psichiatria*, ed. de Fabio Visintini y Daria Visintini, Milán, Masson, 1990 [trad. esp.: *Tratado de psiquiatría*, Barcelona, Toray-Masson, 1996].

⁷ Georges B. Palermo, *Il fenomeno della paranoia. Aspetti storico-culturali, psicologici, psichiatrici e legali*, Roma, Magi, 2004, p. 37.

Cada definición, proveniente de las más diversas escuelas de psiquiatría, nos reenvía, invariable, indefectiblemente como la paranoia misma, a la primera de todas, que los franceses utilizaban ya a principios del siglo XIX: *folie raisonnante* o *folie lucide*. Todas las reflexiones acerca de la paranoia nos recuerdan que pertenece, al mismo tiempo, a dos sistemas de pensamiento: al de la razón y al del delirio. *La paranoia es infinitamente más difícil de diagnosticar que otros trastornos mentales porque sabe disimularse tanto en el interior de la personalidad del paranoico, en su totalidad, que no es demencial en absoluto, como entre los sujetos circundantes.* Lo que vemos es tan solo la pequeña punta de un iceberg de irracionalidad contra el cual puede naufragar cualquier navío de la razón.

Los trastornos mentales no son bloques rígidos de locura. Son más bien “estilos irracionales” que van, en infinitas graduaciones, desde la normalidad hasta la demencia. Esta contigüidad es particularmente preocupante en el caso de la paranoia, que no solo no se opone a la razón, sino que finge colaborar con ella. Entre los enfermos mentales y las personas sanas no hay un salto, sino más bien una continuidad. Pero también en la mente del loco el pensamiento, en general, se desliza solo de manera gradual de la “normalidad” al delirio, y este pasaje puede ser en particular imperceptible en el paranoico. El observador cree a menudo encontrarse en una tranquila zona segura, cuando en realidad no es así.

Más que ningún otro trastorno mental, la paranoia parece no poder remitirse a factores orgánicos. Esto significa, por una parte, que las curas orgánicas tienen pocas probabilidades de ser eficaces; por la otra, que su origen, por ser de naturaleza psicológica, es muy difícil de reconstruir porque cada vida psíquica es tan variable como cada existencia individual y distinta de todas las demás.

Por último, la paranoia se manifiesta más tarde que otros trastornos mentales. El paranoico, ser frágil, posterga en el tiempo un problema vital que no se atreve a enfrentar. Mientras puede, lo empuja hacia adelante, hacia el futuro. Cuando finalmente debe aceptar que su vida ya no cambiará, empuja su propio mal hacia el exterior, inventando obstáculos y hostilidades, y les atribuye dimensiones desproporcionadas. A menudo, la paranoia se manifiesta solo a los 40 años, o más tarde aún: en personas ya insertas en la vida, que quizá muestran una punta de desconfianza, co-

múnmente considerada como una útil cautela. ¿Qué tiene de malo si un asegurador de mediana edad nos detalla con minucia los riesgos que corremos? ¿O si un médico con años de experiencia teme enfermedades invisibles y nos aconseja una larguísima serie de estudios? Su desconfianza no nos parece un pensamiento patológico, sino una forma de profesionalidad. Su paranoia está integrada a su vida.

La cafetera de la abuela

En ciertos casos, la deformación del pensamiento se manifiesta realmente muy tarde. Un ejemplo nos lo ofrece una mujer anciana.

Una señora de 40 años, llena de problemas, se ocupaba afectuosamente de su abuela que era viuda, vivía en un pueblito perdido y con el tiempo tendía a aislarse. Para garantizarle un cuidado cotidiano, su nieta la visitaba y ponía a su disposición muchachas para que vivieran con ella. Pero apenas volvía a la ciudad, todas las muchachas, por más dispuestas que fueran, merecían la desconfianza de la anciana.

Tratando de crear un vínculo, e incluso para romper el silencio del departamentito aislado en el cerro, la muchacha veía una cafetera en la vitrina y decía: "¡Qué hermosa cafetera!". La abuela empezaba a sospechar: esa cafetera le gusta mucho, podría robarla. Entonces la escondía. Pasaba el tiempo. Un día, la abuela tenía ganas de tomar un café. Guiada por el hábito, como todos los viejos, buscaba la cafetera en la vitrina: el rasgo paranoico en el temperamento de la abuela era secundario y esporádico, pero también el haber sospechado y escondido el objeto eran hechos recientes y no eran relevantes, de esos que olvidan con mayor facilidad los ancianos. A este punto, no obstante, la personalidad paranoica asomaba nuevamente en su cabeza intentando confirmar las premisas que ella misma había creado. "La cafetera no está; por lo tanto, me la robaron."

En cierto sentido, fue un robo: se llevó la cafetera la parte "deshonesta" de la abuela, la que engaña, la que se engaña sobre todo a sí misma. Pero, para ella, que no reconocía este componente de su personalidad, no hay razón que valga: la nieta debía buscarle otra muchacha, porque esta era una ladrona.

Hipótesis acerca de las causas

La psiquiatría supone que ceden a la paranoia personas en apariencia adaptadas pero interiormente frágiles. Una fragilidad que podría remontarse a una primera infancia donde reinaron la frialdad afectiva y los conflictos: algo que encontramos en la vida de Hitler y de Stalin. A este tipo de padecimientos, muchas personas reaccionan de un modo compensatorio, desarrollando procesos mentales de lógica formal rígidos, fríos y a menudo lejos de la realidad.

Según Melanie Klein, durante el primer año de vida, la mente pasa de una *posición esquizo-paranoide* a una *depresiva*. Mientras durante sus primeros meses el infante expresa rabia o llora con cierta libertad, hacia la segunda mitad del año empieza a reprimirse. Esta teoría afirma que el niño *deja de proyectar toda la agresividad*: retrotrae una parte hacia sí, construyendo la base de futuros sentimientos de culpa, pero también de la responsabilidad con la cual todo adulto deberá medirse. Se trata de *posiciones* psicológicas, no de *fases* rígidamente predeterminadas. Lo cual, por una parte, significa que esta evolución, el pasaje a la posición depresiva, puede no darse. Por la otra, la idea de posiciones es semejante a la de los arquetipos, sobre la cual nos basamos: no se trata de momentos que se superan de un modo absoluto, sino de potenciales psicológicos a los cuales pueden retrotraernos determinadas situaciones, incluso siendo adultos. En lo que respecta a nuestro tema, circunstancias violentas, parecidas a las que nos resultaban intolerables en la primera infancia, pueden reactivar actitudes esquizo-paranoides. Cuando esto sucede, el sujeto se pone agresivo, y como tiene dificultades para asumir la responsabilidad de un modo personal, proyecta todo el mal sobre los demás.

Esta teoría anticipa el tema que analizaremos a continuación: hay un potencial paranoico presente en todo hombre común, en todas las fases de su existencia, y cualquiera sea la sociedad en la que viva.⁸ Y el am-

⁸ Ha dicho un gran filósofo: "Todo individuo puede descubrir en sí mismo elementos de la manía de persecución" (Bertrand Russell, *The Conquest of Happiness* [1930], Londres y Nueva York, Routledge, 2006; trad. it.: *La conquista della felicità*, Milán, Mondadori, 1985, pp. 105 y 106 [trad. esp.: *La conquista de la felicidad*, Barcelona, Debolsillo, 2009]).

biente circundante tiene el poder de activarlo. Es justamente de este peligro de lo que deseo ocuparme en estas páginas: “Los monstruos existen pero son demasiado pocos para ser verdaderamente peligrosos, los hombres comunes son más peligrosos”.⁹

Omnipresencia de la paranoia

Por lo general consideramos las enfermedades mentales como algo diferente y temible. Podemos sentir compasión hacia quienes las padecen, pero también distancia y desconfianza. En cambio, en los primeros momentos en que nos acercamos a la paranoia podemos percibirla como una prolongación de nuestros pensamientos normales, más precisamente, de nuestra necesidad de justificación. La paranoia, en su versión atenuada, se vende y se compra todos los días en medio de la multitud, no en los institutos psiquiátricos. No es un pensamiento por completo diferente. Todo proceso mental típico está potencialmente presente en nosotros. La tentación de rechazar nuestras responsabilidades y de atribuir el mal a los demás no constituye una excepción. Una voz interior nos insinúa que es una cuestión que nos conviene. Por más débil que sea, por más escondida que esté, existe en cada uno de nosotros.¹⁰

En consecuencia, consideraremos la paranoia no tanto como una enfermedad, sino más bien como una posibilidad presente en todos nosotros: como un arquetipo, en el sentido que le da a este término Carl Gustav Jung. En el mito dio lugar a la aparición de figuras como Áyax y Otelo, y en la historia, de personajes como Hitler o Stalin. Pero este rasgo psicológico puede aparecer un día cualquiera en una persona cualquiera. Es el pequeño Hitler en nuestro interior.

⁹ Primo Levi, “Appendice” a *Se questo è un uomo*, Turín, Einaudi, 1976; reed. en *Opere*, ed. de Marco Belpoliti, Turín, Einaudi, 1997, p. 198 [trad. esp.: *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnik, 1988].

¹⁰ Los poco numerosos estudios sobre la presencia de pensamientos paranoicos en la población normal indican que pueden ser tan frecuentes como los obsesivos o los síntomas de ansiedad. Véase Daniel Freeman y otros, “Psychological Investigation in the Structure of Paranoia in a Non-Clinical Population”, en *The British Journal of Psychiatry*, CLXXXVI, 5, 2005, pp. 427-435.

El paranoico normalmente es inteligente y tiene "sentido crítico". Puede incluso ironizar. Pero como su mal originario es la falta de autoestima, su crítica tiene un solo sentido, no es flexible. Puede tender hacia el sarcasmo, y más allá, hacia el odio; pero no en dirección a la autoironía, porque, al criticarse, teme destruirse. No puede rever las propias posturas porque caería en la nada. Por este motivo, es incapaz de perdón. El perdón implica una libertad que él no acepta ni para los demás ni para sí mismo.¹¹

Bleuler nos ofrece la siguiente descripción:¹² un joven ambicioso, pero inseguro y poco dotado, se pasa la vida soñando con hacer carrera. Poco a poco transcurren los años y debería reconocer que las posibilidades de éxito se alejan. Su fragilidad interior no le permite mirarse y aceptar sus limitaciones personales. Entonces, el ejercicio compensatorio de la lógica que ejercita desde la infancia lo alienta a proyectar esos obstáculos en el exterior, a construir las "razones" de su accionar. De este modo, interpreta cada vez más el comportamiento de los otros a través del filtro de la desconfianza. La mente del paranoico clasifica los detalles cada vez con mayor minuciosidad. A menudo no lo reconocemos como tal, sino como un obsesivo. Conoce infinitos detalles, se preocupa por ellos. Admiramos su competencia: "Dios está en los detalles", dice un antiguo proverbio. Pero no siempre advertimos los riesgos que esconde: "El diablo está en los detalles", nos recuerda otra máxima.

Si se lo interroga, el paranoico puede brindarnos una información minuciosa, cree poder convencer al interlocutor. No obstante, a menudo se limitará a hacer alusiones, a dar a entender que él "isabe la verdad!". Porque sabe también que los demás lo pueden malinterpretar, y no se expone inútilmente. Poco a poco pierde los sentimientos, mientras se refina como máquina, hasta construir un sistema racionalmente plausible, que tiene en su centro un complot organizado en su contra por una coalición creciente de enemigos, que por este motivo se ha dado en llamar "seudocomunidad paranoide".¹³

¹¹ Véase Elias Canetti, *Masse und Macht*, Hamburgo, Claassen, 1960, cap. 7; trad. it.: "Il potere del perdono", en *Massa e potere*, Milán, Adelphi, 1981, cap. 7 [trad. esp.: "El poder del perdón", en *Masa y poder*, cap. 7, en *Obras completas*, t. 1, Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 2002].

¹² Eugen Bleuler, *Lehrbuch der Psychiatrie*, op. cit., segunda parte, cap. 3, III b.

¹³ Norman Cameron, "Paranoid Conditions and Paranoia", en Silvano Arieti (ed.), *American Handbook of Psychiatry*, Nueva York, Basic Books, 1959-1966; trad. it.: "Stati paranoide e paranoia", en *Manuale di Psichiatria*, vol. I, Turín, Boringhieri, 1969, pp. 709-742.

Características

Resumamos ahora los rasgos típicos de la paranoia.

El paranoico grave construye una teoría del complot porque de esta manera parece encontrarle un sentido a su sufrimiento, y entretanto compensa algunas debilidades de fondo. En primer lugar, la *soledad*, que de una manera circular es al mismo tiempo causa y consecuencia de la desconfianza, rompe con la fantasía de ser el centro del interés de todos (delirio de referencia). En segundo lugar, la *sensación de ser poca cosa*, negada durante largo tiempo, encuentra una solución en apariencia definitiva en la fantasía contraria de grandeza: justamente porque son cada vez más numerosas las personas que toman conciencia de su valor, estas se alían, por celos, para impedir que se reconozcan sus méritos. A este caso típico se le pueden agregar los componentes “laterales” más frecuentes de la paranoia: *megalomanía* y *envidia*, que se les atribuyen a los rivales pero que en realidad le pertenecen al sujeto.

La *sospecha* invade de un modo indefectible al paranoico. La desconfianza no es necesariamente infundada, pero resulta excesiva y distorsionada. Puede suceder que aquel de quien se sospecha sea en verdad un adversario, pero no por eso está complotando para destruir a quien sospecha. En la sospecha, la presencia de enemigos y su número tienden a crecer incluso en ausencia de motivos. En las formas más graves se los encuentra por todas partes: se llega así al *síndrome de acorralamiento* y a la convicción de ser víctima de un *complot*. Si el paranoico sufre una ofensa, reacciona de una *manera desproporcionada*: su réplica es exagerada porque está convencido de que esa ofensa es solo el comienzo de una *persecución*.

Toda forma de paranoia completa es una construcción lógica edificada a partir de un *núcleo delirante* y de un *presupuesto de base falsificado*. Con un paranoico se puede discutir la parte lógica de su pensamiento, pero el núcleo central, si bien es claramente falso, permanece indiscutible e irreductible. Precede a toda lógica. No pertenece a la racionalidad sino que es una cuestión vital. Es una condición que el sujeto necesita para vivir. Puede vivir sin lógica –tantos lo hacen–, pero no renunciar a la vida. Posee una verdad inmediata que no requiere justificaciones, pero que por su parte todo lo justifica.

Un caso particular pero frecuente de la falsificación del presupuesto de base es la *inversión de las causas*. Como vimos, por su desconfianza paranoica, la abuela había hecho desaparecer la cafetera. Lo cual, absurdamente, le había brindado la prueba de que alguien se la había robado: la desaparición, consecuencia de su desconfianza, se convierte en su causa. En los casos graves, esta inversión se estabiliza y se convierte en una *circularidad* permanente. En vez de desmentirla, *las pruebas en su contra la alimentan en la forma de un círculo vicioso*.

La interpretación paranoica procede así por acumulación: lo que podría contradecirla encuentra una *lógica al revés* y se convierte en una confirmación. De este modo, se activa otra característica de esta enfermedad, el *autotropismo*: una vez puesta en movimiento, la paranoia se alimenta por sí misma.

La *proyección persecutoria* es otra característica decisiva: consiste en que el paranoico le atribuye su propia destructividad al adversario.¹⁴ Esto, claramente, justifica la agresión y, al mismo tiempo, alivia el sentimiento de culpa si la agresión tiene lugar.

En esta fase es probable que el delirante se reserve sus interpretaciones. Aquí tenemos otra característica del paranoico: el *secreto*, casi "religioso", con que rodea sus convicciones, su "fe". Una variante del secreto es, como ya lo hemos dicho y como lo veremos sobre todo en Stalin, la *insinuación* (en inglés, *innuendo*, expresión latina que significa "hacer apenas una señal", incluso sin hablar). La insinuación les deja abierta la puerta al equívoco y a las interpretaciones. Pero la insinuación paranoica, además, no se limita a "decir sin decir": incluye una amenaza y un desafío. Lleva implícito que "entre quienes me escuchan está el enemigo. Él sabe que le estoy hablando a él y que me enfrentaré con él". En su soledad, el paranoico busca inconscientemente individuos que se le parezcan. Y, con este discurso, los descubre: si hay un hiperdesconfiado entre quienes lo escuchan, este se sentirá

¹⁴ Según Canetti, el paranoico necesita siempre expulsar la destructividad que tiene en su interior. Véase Elias Canetti, "Hitler nach Speer", en *Die gespaltene Zukunft. Aufsätze und Gespräche*, Múnich, Hanser, 1972; trad. it.: "Hitler, in base a Speer", en *Potere e sopravvivenza. Saggi*, ed. de Furio Jesi, Milán, Adelphi, 1974, pp. 81-123 [trad. esp.: "Hitler según Speer", en *La conciencia de las palabras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981]. La teoría de Klein diría que permanece en la posición esquizo-paranoide de su primera infancia.

aludido, incluso aunque ningún vínculo lo ligue al paranoico que lo pronuncia. El delirante encuentra de este modo a su semejante.

Como lo vimos en *Áyax*, el verdadero paranoico parece haber recibido *una iluminación interpretativa*: las explicaciones que se da asumen las características de una fe.¹⁵ La idea delirante es verdadera porque tiene las mismas características que una revelación religiosa.¹⁶ Y la verdad revelada de una religión no se puede modificar, porque su modificación no sería una enmienda sino una herejía.

Tomemos un ejemplo sencillo, pero devastador. En *Mein Kampf*, Hitler sostiene que las mezclas raciales acarrearán esterilidad y enfermedades.¹⁷ Nada lo prueba y él no se esfuerza en probarlo. (Hoy sabemos que, por el contrario, pueden derivarse patologías justamente de la falta de cruces genéticos en la población.) Pero en *Mein Kampf* continúa, capítulo tras capítulo, de una manera obsesiva, con un análisis de sucesos históricos y políticos que da por sobrentendida siempre esa "verdad". Hitler necesitaba de un presupuesto de base granítico. Este encierra su credo consciente y, al mismo tiempo, su más invencible temor inconsciente: como en muchos paranoicos, anidaba en Hitler una *fobia a la contaminación*. La diversidad le resultaba difícil de soportar (lo prueba también su relación minimalista con las mujeres, el *otro* sexo). La fobia paranoica debe alejar la diversidad y eventualmente eliminarla.

Es natural, ya que existe una continuidad entre los procesos mentales ordinarios y los paranoicos, que incluso una verdadera iluminación puede verse acompañada de rasgos persecutorios. En su *Confesión*, de 1879, Tolstói refiere el cambio interior que sufrió después de los 50 años, y que lo transformó poco a poco en un cristiano fundamentalista pero anticlerical, un precursor del comunismo y el ambientalismo. En lo más profundo

¹⁵ Hillman propone corregir radicalmente "la noción de revelación y de delirio que los mantenía separados y partir en cambio de la hipótesis de que el delirio es siempre una revelación y la revelación es siempre un delirio". James Hillman, "On Paranoia", en *Eranos Jahrbuch*, LIV, 1985; trad. it.: "Sulla paranoia", en *La vana fuga dagli dei*, Milán, Adelphi, 1991, p. 63.

¹⁶ Véase Ottavio Mariani, "Intuizione, delirio e rivelazione", en Luigi Aversa y otros (eds.), *Psicologia analitica e teorie della mente. Complessi, affetti, neuroscienze. Atti del XII Convegno Nazionale del CIPA*, Milán, La Biblioteca di Vivarium, 2005, pp. 411-430.

¹⁷ Adolf Hitler, *Mein Kampf*, t. I: *Eine Abrechnung*, Múnich, Eher, 1925, p. 311 [trad. esp.: *Mi lucha*, Barcelona, Frapé, 2003].

de su crisis, cuando todavía no veía el puerto de llegada, el escritor estuvo atormentado por una auténtica paranoia existencial. Antes de lograr dar forma y comprender completamente su nuevo credo, no solo no le veía ningún sentido a la propia vida, sino que también le parecía –como lo dice en el cuarto capítulo del libro– que esta era una burla sádica, puesta en escena por un enemigo oculto y perverso.

Todos los síntomas de la paranoia están en relación de recíproca dependencia y se alimentan entre sí, cerrando cada vez más el círculo vicioso. El *secreto* puede ser consecuencia de la *sospecha* de que alguien tenga malas intenciones. A su vez, estas desencadenan otra característica frecuente: la *obsesividad* minuciosa con la cual el paranoico estudia las formas de derrotar al enemigo. Automáticamente estos programas destructivos son proyectados sobre un adversario que se supone que está *complotando*. Surge entonces la necesidad de destruirlo, más aún, de atacarlo primero, de modo de adelantarse a sus intenciones. En la mente del paranoico, el *ataque preventivo* es la táctica que le permitirá encontrar al adversario desprevenido, pero al mismo tiempo es también una forma de justicia anticipada. Al enfrentarse con alguien que ya tiene el arma en la mano, también la persona no paranoica pensará en atacar un segundo antes que el otro. Pero la paranoia puede ver muy lejos en el futuro. Llevando al extremo su convicción, puede llegar incluso al infanticidio preventivo. La supresión del niño varón que podría convertirse en rey es una historia fundacional tanto en la mitología pagana como en la monoteísta: Urano retenía a sus hijos en el vientre de su madre, Cronos los devora, Herodes ordena la Matanza de los Inocentes.

El paranoico puede mostrarse infinitamente paciente en la espera de la ocasión propicia para atacar al “enemigo”. Pero cuando de la paciencia, que el observador ingenuo puede confundir con moderación, pasa a la acción, aquella se torna impaciencia a su vez exagerada, como si tuviese que obtener un resarcimiento por la espera. La *prisa paranoica* es una consecuencia de la sospecha exagerada y de la proyección inconsciente largamente contenida. Una vez superado este umbral, la agresividad estalla con suma rapidez.¹⁸

¹⁸ Konrad Lorenz, en sus primeros estudios sobre el instinto de agresión (véase *Sobre la agresión. El pretendido mal*), utilizó un “modelo hidráulico”: sería como agua conte-

Otra imagen que da una idea de la aceleración paranoica es la del *plano inclinado*. El sendero del paranoico sabe dónde quiere llegar: tiene, en todo sentido, una inclinación. Si bien el sujeto puede recorrerlo lentamente, llega un punto en el que la pendiente es excesiva: ya no puede detenerse y se precipita hacia abajo de un modo cada vez más descontrolado.

Los procesos mentales del paranoico están dominados por la *rigidez*. Su mundo interior está petrificado. Su identidad depende por completo del exterior. Esto implica también *fragilidad*: no se puede permitir cederles un palmo a los adversarios, porque tendría la sensación de no existir.

Sobre la base de premisas erradas, la paranoia constituye un autoengaño originario. Existe una *coherencia absurda* que une una convicción indiscutible en el alba de la conciencia y las sucesivas acciones demenciales. Mientras sobrevive su consecuencialidad formal, la paranoia se pasea tranquila por las aceras de la vida cotidiana. Pero un día, de improviso, el hijo modelo, atento a las convenciones sociales y a las expectativas de sus padres, *los asesina, para que no sufran* al darse cuenta de que había fingido rendir bien sus exámenes y haberse recibido. El empleado irreprochable, que teme perder su trabajo, le dispara a su jefe y *se quita la vida, para evitar que lo despidan*.

La paranoia es, por así decirlo, el más antipsicológico de todos los trastornos mentales, porque es la única forma de pensamiento que funciona eliminando verdaderamente la autocrítica. El pensamiento paranoico es, al mismo tiempo, lógico e imposible, coherente y contradictorio, humano e inhumano. Es una máscara trágica, que, no obstante, no cubre el rostro de un héroe sino el de un ser radicalmente inseguro, que se engaña incluso a sí mismo. Este parentesco nos alienta, para entender sus procesos, a analizar a los personajes de la tragedia además de consultar los tratados psiquiátricos.

Entre los paranoicos que se ven obligados a hacer elecciones que su pensamiento simplificado preferiría evitar, hay a menudo una *vacilación trágica*, mortal. Una ilustración de este caso nos la ofrece Creonte. En la *Antígona* de Sófocles, el mítico rey de Tebas proyecta, primero sobre los guardias y luego

nida por un dique y liberada de improviso. Creemos que por la desmesura y la rapidez de la respuesta paranoica, es más adecuado el "modelo del fuego": la llama del piloto ya está encendida y, en el momento oportuno, prende fuego toda la carga de combustible. Véase Stavros Mentzos, *Der Krieg und seine psychosozialen Funktionen* [1993], Göttinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2002, p. 34.

sobre el adivino Tiresias, una codicia que en cambio es la suya propia. Se convence así de que mienten y de que les han pagado para que lo hagan. No puede aceptar la verdad que le dicen. De este modo, se libera tanto de su verdad, negándola, como de la propia maldad, atribuyéndosela a ellos.

Los hechos, no obstante, poco a poco se le imponen. “Ceder es terrible”,¹⁹ reconoce con sinceridad: de hecho, ceder lo obligaría a admitir su falta de autocrítica, su inútil destructividad, su soledad existencial. El “síndrome de Creonte” es una indecisión que conduce al borde de la locura. Por lo general, no se resuelve a favor de la verdad excepto cuando las circunstancias la imponen sin remedio. E incluso en este caso el paranoico puede preferir salir de escena, a través de la muerte o de la locura definitiva. Creonte no es un paranoico completo como Áyax. Duda entre dos mundos que se rozan. Su síndrome –vacilar entre una racionalidad que restituye a la realidad y una interpretación paranoica que lleva al aislamiento– es trágicamente humano, porque casi todos pueden reconocer en sí mismos alguna experiencia semejante.

Encontraremos la duda paralizante incluso en la encrucijada decisiva de la historia moderna. En julio de 1914, las potencias europeas deben decidir si se limitan a la diplomacia o dan comienzo a la Primera Guerra Mundial. En la descripción de Solzhenitsyn,²⁰ el zar Nicolás es un personaje de una humana fragilidad, presa constante de una ingenua forma de angustia por los sufrimientos que acarrearía el conflicto. Duda si es mejor continuar dialogando con su primo Guillermo, el emperador de Alemania, o en cambio movilizar al ejército, como querrían los ministros y los militares. Abandonado a sí mismo, el zar sigue intercambiando continuamente telegramas con Berlín, hasta que las presiones lo empujan hacia donde el plano es demasiado inclinado y ya no hay posibilidades de retorno. El Nicolás de Solzhenitsyn es, en cierto sentido, un anti Creonte, que en la duda querría escuchar tanto al otro como a sí mismo. Encierra de este modo las

¹⁹ Sófocles, *Antígona*, 1.096.

²⁰ Alexandr I. Solzhenitsyn, *August 1914. Uzel pervyi*, 1971; trad. it.: *Agosto 1914. Nodo primo*, Milán, Mondadori, 1972 [trad. esp.: *Agosto 1914*, Barcelona, Barral, 1972]. La obra está considerada como ficción narrativa, pero Solzhenitsyn trabajó extensamente con los archivos de los que se disponía en ese momento, tanto en su país como en el exilio, a fin de lograr un trabajo históricamente documentado.

dos fuerzas en potencia del hombre: el sentido de la responsabilidad pero también, por desgracia, la desconfianza que proyecta la culpa en el adversario; el deseo de hacer triunfar al primero y la debilidad por la cual, por último, se cede ante la segunda, porque resulta mucho más simple.

Aspectos culturales y morales

Lo difícil no es definir los trastornos mentales, sino comprenderlos. Para eso es necesario identificarse con ellos y sentir que podríamos también padecerlos. Citamos las definiciones de los mejores manuales de psicopatología, pero dentro de un par de generaciones podrían ser superadas. Las descripciones que hace la psiquiatría de la paranoia nos parecen por lo general negativas. Cuadros pintados por un observador horrorizado por el mal, que ha renunciado a entender. Desde el momento en que no se trata de una enfermedad que responde a leyes químicas, invariable en el tiempo, sino que parece ser una respuesta psicológica a circunstancias difíciles, intentaremos estudiar sus relaciones con la historia. Incluso si los trastornos mentales no son por fuerza el producto de una determinada sociedad, sus descripciones sí lo son. Esta relatividad es en especial importante para la paranoia, que encuentra su alimento justamente en determinadas condiciones históricas y se manifiesta precisamente como una distorsión de la relación con el prójimo. Pero, como lo hemos visto, es de lamentar que la mayor parte de las definiciones psiquiátricas de la paranoia se sitúen fuera de la historia.

El mundo es un misterio por develar. Desde que el ojo de Dios no lo escruta más por todos nosotros, es necesario hacerse preguntas y aventurar hipótesis que antes resultaban superfluas. Los nexos causales que construye de continuo el paranoico son en primer lugar una justa respuesta a una justa necesidad de entender.²¹ Solo gradualmente pierden la medida, se convierten en dogmas, verdades reveladas por ese Dios que sustituyen.

²¹ James Hillman, *Re-Visioning Psychology*, Nueva York, Harper & Row, 1975; trad. it.: *Re-visione della psicologia*, Milán, Adelphi, 1992 [trad. esp.: *Re-imaginar la psicología*, Madrid, Siruela, 1999].